

A aquesta narracion cortando el hilo,
Encantados es fuerza que los deje.
De materia y de estilo
Cambiando así, vuestra atencion excito,
Cual cambiando á menudo de manjares
Del paladar se aguza el petito.

De sus tiendas saliendo en este instante,
La mora gente armada se presenta
Ante su rey, que ufano y arrogante
Cada hueste examina, ordena y cuenta.

La fatiga, la lid, las privaciones,
De soldados gran copia
No solo cercenaban cada dia,
Mas de Libia y Etiopía
Muertos los mas ilustres campeones,
Sin orden y sin guia
Vagaban sus deshechos escuadrones.

De Numidia y de España
Por reforzarlos nueva gente envia
El jefe que, en cada una de estas tierras,
Huestes en nombre de Agramante alista.
El solo objeto pues de esta revista
Era poner en grupos esta gente
Y jefes y banderas á su frente;
Mas suspender mi canto es ya preciso,
Otorgadme, señor, vuestro permiso.

CANTO XIV.

Reseña de los ejércitos de los reyes agarenos. — Aventuras de Mandricordo; sus amores con Doralice. — Plegaria de Carlomagno. — Parte del cielo el arcángel san Miguel para ir á llevar los mandatos del Eterno al Silencio y á la Discordia. — Asalto de Paris. — Primeras proezas de Rodomonte.

En las frecuentes y reñidas luchas
Que el de Francia trabó con el pagano,
Muchas fueron las víctimas y muchas

Que por pasto del lobo y del milano
Quedaron por el monte y por el llano.

Con casi siempre próspera fortuna,
El de la media luna
Conquistó del frances pingües estados;
Pero, con propia sangre oscurecidas
Estas victorias, ¡cuántas, cuántas vidas
Costaron de caudillos denodados!

Tal fué, ¡oh inclito Alfonso!
De Ravena la célebre victoria.
De indestructible gloria
Os cubristeis, señor, y de despojos,
Sin que por eso deje su memoria
De humedecer con lágrimas los ojos.

Seguido de los jóvenes gallardos
Que, en aquella jornada,
De vuestra ilustre mano
Áurea espuela obtuvieron y áurea espada,
De grave riesgo al franco libertasteis;
Del hispano arrollasteis
Los casi victoriosos escuadrones;
A los de estos unidos, los pendones
De las áureas bellotas destrozasteis,
Y de Roma, por fin, hecha cautiva
La gran columna conservasteis viva.

De elogio digna es esta noble hazaña
Muy mas, señor, que si con mano propia
Dieseis muerte á la copia
De gente que tendida en la campaña
De Ravena quedó, y á las de España
Que, arrojando sus armas y estandartes,
Huyeron en tropel por todas partes.

Nuestra paz, nuestra vida
Afianza esta hazaña esclarecida,
Y nos pone á cubierto
De las tormentas que el Tonante envia.
Pero ¡cómo entregarse á la alegría,
Al contemplar en nuestros campos muerto

Al capitán de Francia y de la empresa,
Y á tanto ilustre príncipe que, el hielo
De Pirene pasando, á su defensa
Volaban impelidos por un celo
De que fué tan fatal la recompensa?

¿Cómo con rostro enjuto
Mirar de tanta huérfana doncella,
De tanta viuda, contemplar el luto?

Por el honor empero de las lises,
Sin jefe, impunemente, estos países
Mas largo tiempo recorrer no debe
La soldadesca aleve

Que, matronas y vírgenes violando,
Y el claustro profanando,
A los ministros del altar maltrata,
Y á un Dios sacramentado al suelo arroja
Por verse dueño de un copon de plata.

¡Oh Ravena infeliz! ¡mejor te fuera
Al vencedor ceder sin resistencia;
Mejor seguir de Brescia el cuerdo ejemplo
Que darlo triste á Rimini y Fayencia!

Al buen Trivulcio, ¡oh sabio Luis! envía
A contener la furia de esta gente.
Mándale que le cuente cuan fatales
Fueron siempre en Italia excesos tales.

Faltas, cual las de Luis, de orden y guía
Las musulmanas gentes, de sus reales
Saliendo, ante sus jefes se presentan.
Marsilio y Agramante

Con atención las forman y las cuentan.
Con Dorifebo avánzase delante
De las demás la catalana gente.

Los navarros le siguen, y á su frente,
En vez de Fulvirante,
Su antiguo jefe, por Reinaldo muerto,

Ponen los dos monarcas á Isolerto.
Del pueblo de Leon es soberano
El fiero Bagulante. A los Algarbes

Rige Grandonio. Falsiron, hermano
De Marsilio su rey, capitanea
A las tropas que trajo de Castilla.
De Mandaraso el estandarte ondea
En torno á las de Málaga, Sevilla
Y cuanta gente la frondosa oliva,
En los béticos campos, desde Gádes
Hasta la rica Córdoba cultiva.
Estordilano, jefe granadino,
Viene detras. Por muerte de Lesbino,
Tésira manda al pueblo de Lisboa.

Con la gente gallega
Viene detras el bravo Serpentino;
Con la de Palma Baricundo llega.

Del audaz Matalista la bandera,
Que en otro tiempo Sinagon llevaba,
Siguen los de Toledo y Calatrava
Y cuantos la ribera

Habitan del Guadiana. De Plasencia,
Zamora, Astorga y Ávila y Palencia
Blamardino otra hueste conducia.

De la de Zaragoza y de la corte
Del rey Marsilio Ferragut regia
La bien armada y bélica cohorte.
En ella se notaba á Malgarino,
Maljariza, Morgante y Balinverno,
Que, sin razón lanzados de sus tronos,
La dicha hallaron de Marsilio al lado
Que en sus reinos no hubieran encontrado.
Vienen también con ella el valeroso
Folicon de Almería, hijo bastardo
De Marsilio; y Argalia y Analardo
Y Bavarte, Amiran y Doricante,
Y Arquidan de Sagunto
Y el astucioso y fuerte Malagunto,
Y otros muchos guerreros de que en breve
Narrar mi pluma las hazañas debe.

Revistado el ejército de España,

Con su gente aparece en la llanura
 El rey de Oran, de insólita estatura.
 De esta gente en seguida
 Llega aquella que tuvo en otros tiempos
 Por jefe á Martasino,
 Rey de los Garamantes, cuya vida
 La guerrera de Amon á cortar vino.
 La tercera, la hueste de Marmunda,
 Cual la cuarta y segunda,
 Sin jefe va. Solicito Agramante,
 Para entregarles una compañía
 Al buen Ormida y á Buraldo elige.
 De Libicania al fuerte Argan confía
 La gente á quien aflige
 De Druinaso, su rey, la suerte impía.

Baja la frente y pálido el semblante,
 Marcha luego de Tánger el caudillo,
 Brunelo, á quien la ilustre Bradamante
 El favor de Agramante
 Hizo perder, quitándole el anillo.
 De este monarca, al escuchar tal nueva,
 Fué la cólera tanta,
 Que ceñir de Brunelo á la garganta
 Hizo el lazo fatal; y sobre el palo,
 Cual á infame impostor, morir le hiciera,
 Si á afirmar Isolerto no viniera
 Haberle visto al árbol amarrado.
 Por esto y de gran parte de su corte
 El rey á las instancias accediendo,
 Le perdonó la vida, reservando
 A nuevo error castigo mas tremendo.

Siguele Farurante, y tras él marchan
 Los caballos é infantes de Maurina.
 Mandaba un escuadron de Constantina
 Liban, que obtuvo con el cetro de oro
 La corona que fué de Pinadoro.
 Con los de Hesperia viene Soridano;
 A Dorilonte luego se divisa;

Siguen los Nasamonios á Puliano;
 A Malbuferso siguen los de Pisa;
 Los de Amoma á Agricalte, y á su frente
 Por jefe lleva á Finadur la gente
 Que de Canarias vino y de Marruecos;
 Balastro rige la del rey Tarduecos.

Detras de aquesta la de Mulga viene,
 De cuyo reino la vacante silla
 Corino, amigo de Agramante, obtiene.
 Siguen los de Armancilla,
 Que, muerto Tanfirion, Caico acaudilla.
 De Getulia por jefe á Rimedonte
 Agramante designa. Balinfronte
 Conduce á los de Cosca. El rey Clarindo
 Rige de Bolga al escuadron que un día
 Al fuerte Mirabaldo obedecia.

Balinverno va luego, á quien señalo
 Como el ente mas malo
 Del ejército todo de Agramante.
 Siguele el rey Sobrino, á quien en ciencia
 Dudo que haya quien gane, ni en prudencia,
 Como dudo que exista
 Hueste mas brava que la hueste suya
 En cuantas son pasadas en revista.
 La de Bellamarina, que otro tiempo
 A Gualzoto por rey reconocia,
 Viene despues, por guia
 Trayendo al rey de Angel, al arrogante
 Rodomonte de Sarza, que de Libia
 Con copia de caballos y de infantes
 Era llegado tres jornadas antes.

No contaban las huestes agarenas
 Caudillo mas osado ni mas fuerte.
 De Paris las almenas
 No sin razon temblaban á su vista
 Mas que á la de Agramante, de Marsilio
 Y de cuantos guerreros
 Vibraban de estos jefes en auxilio,

Contra la fe de Cristo, sus aceros.

Prusion rey de Albaraje, y Dardinele
Rey de Zúmara siguen. Su impia suerte
Ignoro si mochuelo

U otro siniestro pájaro predijo;
Mas en el libro donde todo es fijo,
Escrito estaba que el siguiente dia
De los suyos el último seria.

Del rey de Tremecen, del de Noricia
Al verse sin noticia y su estandarte
Flotar no viendo por ninguna parte,
Agramante en temor se consumia;
Cuando á su encuentro un mensajero vino,
De Alzirdo y Manilardo

A referirle el misero destino.
« Señor, » le dice, « el paladin gallardo
« Que á tantos destruyó, del mismo modo
« Vencido hubiera el campamento todo,
« Si á su impetu violento
« Osara resistir el campamento. »

Era llegado á las alarbes tiendas,
Pocos dias atras, un caballero
De cuyas altas prendas
Voló la fama por el orbe entero.
Mandricardo llamábase, y, famoso
Por tanta y tanta memorable hazaña,
Poner el sello á su braveza extraña
Y hacer eterno su esplendor debia,
Del castillo encantado de Soría
Arrancando las armas rutilantes
Que el grande Héctor vistió diez siglos ántes.

La vista alzando, oyendo al mensajero,
Partir resuelve el fiero Mandricardo
A provocar al paladin gallardo
Que á tantos destruyó. Su labio, empero,
El pensamiento que le agita encubre,
Ya porque á mengua el revelarlo tenga,
Ya por temor de que en tal caso alguno

A anticiparse á su designio venga.
Y, el color de las armas del guerrero
Con viveza inquiriendo y sin empacho,
« Negra es su cota, » dice el escudero,
« Negro su almete y negro su penacho. »
De Roldan dije ya, con qué motivo
Este color tomó por distintivo.

Dado Marsilio á Mandricardo habia
Un soberbio corcel de piel castaña,
De negra caña y de peceñas crines,
Que á los frisios confines
Vino á engendrar un alazan de España.

Sobre el armado Mandricardo monta,
Y con carrera pronta
De aquel sitio se aleja, adonde jura
No retornar en tanto que no venza
Al señor de la negra vestidura.

Por encontrar comienza
A la aterrada gente, que, sin guia
Huyendo y sin concierto,
Al furor del de Anger se sustraia.
Cual de haber visto muerto
Ya un hermano, ya un hijo, se plañia.

Este camino el tártaro siguiendo,
Llega en breve al paraje que testigo
Fuera del espectáculo tremendo
Que dió Orlando al ejército enemigo.
Al ver la sangre que la tierra esmalta,
De su caballo Mandricardo salta,
Y á creer lo que ve no se decide
Mientras, con propia y envidiosa mano,
Cada herida no palpa, observa y mide.

Pálpalas pues, y, con igual coraje
Al que al mastin ó al lobo desconcierta
Cuando, hambriento llegando hácia el paraje
Do res su olfato le anunciaba muerta,
Cuernos tan solo y huesos descarnados
Encuentra por el vientre abandonados,

Blasfema el moro, y duélele y le pesa
Llegar tan tarde á tan sabrosa mesa.

Todo aquel día vaga, y al siguiente
Llega á un prado sombrío,
En torno al cual su límpida corriente
Desliza alegre un río,
Formando un sitio igual al que, sus ondas
Girar haciendo en su mansión profunda,
El Tíber junto á Otricoli circunda.

Mil guerreros armados allí viendo
Que parecen estarlo defendiendo,
« ¿Cuál es la causa, » el tártaro pregunta,
« Que tanta gente en este sitio junta?

Su noble gesto, su mirada brava,
Prendan al capitán que allí mandaba,
Quien, sospechando por el rico adorno
De la armadura que le ciñe en torno,
Su nobleza y valor, así le dice :

« De la bella princesa Doralice,
« Que está con Rodomonte desposada
« (Bien que la fama aun no lo preconice),
« La custodia me ha sido encomendada
« Por su padre, el monarca de Granada.
« Cuando esta tarde á su agorero canto
« Ponga fin la cigarra, á la doncella
« Yo despertando, partiré con ella. »

En deseos de ver á aquesta dama,
Que debe ser, á lo que infiere, bella,
El arrogante tártaro se inflama,
Y queriendo además hacer la prueba
De cómo aquella gente

Guarda la joya que á su cargo lleva,
« A su presencia conducidme en breve
« O haced que venga al punto ella á la mía,
« Verla quiero antes de seguir mi vía »

— « Loco estar, » dice el granadino, « debe,
« Quien tal demanda á formular se atreve. » —
Ni dijo mas; que, el asta levantando,



Hazañas de Mandricardo. (T. I, p. 225.)

Lleno de furia, el tartaro le ataca,
 Y, su cota y su yelmo atravesando,
 Sin voz ni vida del arzon le saca.

Quando, las armas de Héctor conquistando
 El hijo de Agricano
 Notó la falta de la espada bella
 Que el brazo ornó del paladin troyano,
 Diz que jurara (y no jurara en vano)
 Espada no ceñir miéntras aquella
 No conquistara que llevaba Orlando.

No llevándola pues, ni otra arma alguna
 Teniendo en su poder, su lanza presto
 Recobra y torna á enarbolar, dispuesto
 A dar muerte con ella
 A aquella multitud, que en torno suyo,
 Con espadas y picas, se atropella.
 Al tartaro su número no aterra,
 É hiriendo sin cesar, cubre bien pronto
 De sangre y de cadáveres la tierra.

Rota su lanza, en fin, con sus dos manos,
 El grueso tronco que de queda, aferra;
 Y, segundo Sanson, derriba, hiende,
 Y en el suelo tal vez de un solo golpe
 Al caballero y al caballo tiende.

En vano, empero, en vano se defiende
 La turba, á quien aflige y acobarda,
 Mas que el recelo de perder la vida,
 El género de muerte que le aguarda.
 Y viendo en fin que muerta ó malherida
 La mayor parte yace,
 A partir la que queda se dispone:
 Mas Mandricardo, que cual presa suya
 Contempla aquella gente, se interpone,
 Le cierra el paso y le interdice que huya.

Cual al soplo de recio torbellino
 La frágil caña en el pantano cede,
 Cual resistir no puede
 A voraz llama el cañamo ó el lino

Que en sus trojes acopia el campesino ;
Así sin fruto esta pujanza inmensa
Contrarestar el granadino piensa.

Dispersada esta hueste , por la huella
Que en la yerba descubre , se adelanta
Ansioso el héroe de saber si es tanta
Cual dicen la beldad de la doncella.

Al pié de antiguo fresno , cuya sombra
Cubre del prado la mullida alfombra ,
Mírala en fin. El llanto
Que su faz inundando , discurría ,
Cual clara fuente , por su blanco seno ,
Mostraba cuanto del dolor ajeno
Y de su propia suerte se dolía.

Su terror se aumentó , del agareno
Viendo el ceño feroz , viendo la sangre
Que manchaba sus armas y sus manos.
Las damas , los ancianos ,
Que á la jóven princesa acompañaban ,
Cual ella , temerosos de su ruina ,
La voz hasta los cielos levantaban.

Fuera de sí contempla Mandricardo
Aquella faz divina ,
Que , bien que un tanto el padecer la empaña ,
No conoce rival en toda España ;
Y , del amor herido por el dardo ,
Del cielo en la mansion se considera ,
Quedando , sin saber de qué manera ,
Por premio de su triunfo
Cautivo de su hermosura prisionera.
De su fatiga , empero , el dulce fruto
No espera conseguir hasta que enjuto
El llanto amargo vea
Que de la dama la beldad afea.

Con voz afable y con benigno gesto ,
El tártaro á llevársela dispuesto ,
« Partid , partid , » á aquellas gentes dice ;
« Que amparo y compañía

« En mí tendrá la bella Doralice. »

Obedece la escolta , que ninguna
Resistencia á este intento hacer podía ,
Y se aleja , su misera fortuna
Maldiciendo , y pensando cuan violento
Del padre debe ser el sentimiento ,
Y cuanto al ver frustrada su esperanza
Terrible del amante la venganza.

« ¿ Porqué , » se dice aquella triste gente ,

« Porqué el de Alger ausente

« Se halla en aquestos críticos instantes?

« ¿ Porqué , oh Dios , no protege

« La ilustre virgen , ántes

« Que de nosotros su raptor aleje ? »

Ufano este entre tanto con la presa

Que el hado le depara , no se cura

De hallar al de la negra vestidura.

Léjos ya pues de apresurar su viaje ,

Despacio en busca va de algun paraje

Do pueda con sosiego

Dar suelta rienda á su amoroso fuego.

De la doncella el lastimoso llanto

Por calmar esforzándose entre tanto ,

Dícele él : « Vuestra fama

« Pudo tan solo , oh bella y noble dama ,

« Hacerme renunciar al rico trono

« Que por vos gustosísimo abandono.

« ¿ Ah ! si es que amor amando se merece ,

« El vuestro yo , que cual mi vida os amo ,

« Con sobrada razon bien veis reclamo.

« Si amor merece el brillo de la cuna ,

« Mecióme á mi la que á los reyes mece.

« Yo en riqueza y poder solo á Dios cedo ,

« Y esperar ser amado tambien puedo

« Si recompensa alguna

« Merecen el valor y la fortuna. »

Estas y otras palabras

Que su amor al guerrero sugeria ,

Van poco á consolar el alma
De la triste doncella. Duce calma
Sustituye al dolor que la afligía;
Con semblante sereno
Escucha al impetuoso sarraceno;
Con gesto casi afable le responde;
Y ni aun sus ojos, donde amor se esconde,
Desdeñosos se cierran ó retiran
Si en ellos clava el tártaro los suyos,
Que la piedad y la pasión respiran.

El musulman, que por la vez primera
Del amor los efectos hoy no siente,
Conoce que no siempre indiferente
Ha de ser su pasión á la doncella;
Y marchando con ella,
Lleno el pecho de amor y de alegría,
No tarda en advertir que del Ocaso
Dirigiéndose el sol á los umbrales,
Brindaba con la calma á los mortales.

De su bridon el paso
Acelerando entónces, un concierto
Escucha de instrumentos pastoriles
Y salir humo ve de unas cabañas,
Donde encuentra un asilo,
Muy mas que bello, cómodo y tranquilo.

Allí festeja al héroe y á la dama
Un mayoral; que generosos pechos
No se hallan solo en villas y ciudades,
Y tal vez las mas nobles cualidades
Van á abrigarse bajo humildes techos.

Lo que, en la calma de la noche oscura,
Pasar pudo entre el hijo de Agricano
Y la bella princesa granadina,
Mi razon lo adivina,
Mas tímida mi voz no lo asegura.
De cada cual al juicio lo someto;
Y, sin ser indiscreto,
Diré tan solo que al siguiente día

Brillaban ambos rostros de alegría,
Y que de un hospedaje tan felice
Las gracias al pastor dió Doralice.

Parten despues, y errando á la ventura,
Llegan á un rio que á la mar vecina
Con pacifico curso se encamina.
A su márgen estan, sobre la grama,
Sentados un guerrero y una dama.

Mas caprichosa ley, que á que no siga
Siempre la misma direccion me obliga,
Me lleva en este instante
Al campo donde el árabe arrogante,
A Francia estremeciendo con su furia,
El santo imperio, amenazando, injuria;
Y donde el rey de Argel con irritante
Tono se precia, en impetus insanos,
De hacer de Roma y de Paris dos llanos.

Noticioso Agramante
De que el inglés la mar atravesara,
Al rey Marsilio y á Sobrino el viejo
Llama con otros jefes á consejo.
De acuerdo todos en que intento vano
Fuera expugnar los parisienses muros,
Si en ellos entra el auxiliar britano,
Dar el ataque sin tardar deciden
Y para ello las órdenes expiden.

Ya escalas mil y máquinas y vigas,
Que á hacer barcas y puentes
Destinaban las huestes enemigas,
En torno de los muros acumula
La que el asalto debe dar bien presto.
A su frente Agramante la estimula,
Y, el recio ataque á dirigir dispuesto,
Forma un segundo ejército del resto.
La víspera del día
Que este combate presenciar debía
Mandó el emperador misas y oficios
Celebrar á los monjes, y á los legos